

V  
ca 8068-4

ÁNGEL DEL ARCO Y MOLINERO.

---

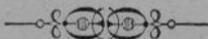
LA ALGARADA  
DE  
LUCENA

LEYENDA HISTÓRICA

CON UN PRÓLOGO

DE

D. FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.



1886.

MADRID  
SRES. SIMON Y COMPAÑÍA  
Infantas 18.

MÁLAGA  
SRES. HIJOS DE J. G. TABOADELA  
Molina-Lario 1.



Al Ilmo. Sr. D. Juan de D. de la Narda y  
Delgado, Inspector del Cuerpo facultati-  
vo de Archiveros, Bibliotecarios y Anti-  
cuarios

Su paisano

El Autor

LA ALGARADA DE LUCENA.



R.484046

P  
v-14

ÁNGEL DEL ARCO Y MOLINERO.

---

LA ALGARADA

DE

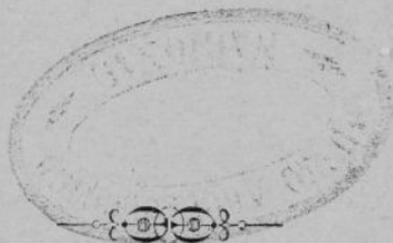
LUCENA

LEYENDA HISTÓRICA

CON UN PRÓLOGO

DE

D. FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.



1885

MADRID

SRES. SIMON Y COMPAÑÍA

Infantas 18.

MÁLAGA

SRES. HIJOS DE J. G. TABOADELA

Molina-Lario 1.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

MÁLAGA.—TIP. DE RAMON GIRAL, GRANADOS 3

AL EXCMO. É ILMO. SR.

DON RAIMUNDO FERNÁNDEZ VILLAVERDE,

Ex-Ministro de la Gobernación.

---

*Añeja costumbre es esta de que apadrinen las obras de literatura hombres ilustres, y las recomienden críticos doctos; de este modo suelen ser menos mal recibidas por el público. Y esta necesidad sube de punto en estos malhadados tiempos que corremos, en que las aficiones literarias andan bastardeadas y maltrechas, y el público apura con más entusiasmo una novela realista de Zola ó López Bago, que unos versos sentimentales de Grilo, ó un poema inocente de Velarde.*

*Con doble razón necesitaba un escudo moral mi pobre obrilla. Y he aquí porqué he buscado de una parte la recomendación de mi buen amigo el castizo poeta de Granada D. Francisco Jiménez Campana, y de otra la valiosísima protección de V. E.*

*Aceptada por aquel la confección del prólogo, y por V. E. la dedicatoria de mi trabajo, creo que éste va sobradamente recomendado.*

*Sean, pues, para V. E. estas líneas, testimonio de consideración y respeto, de*

*El Autor*



# PRÓLOGO.

---

*Héroe por fuerza* soy, escribiendo prólogos; que ni yo nací para ello, ni la poca fama de mis escritos me dá autoridad suficiente para tales empresas.

No soy de índole escudriñadora, ni dado á murmurar faltas ajenas, sin duda por no ser medido con la misma vara, ni amigo de decir alabanzas en sus barbas á mis prógimos, ni apto, en fin, para dar consejos, porque si tengo confianza en mi buena voluntad, no fio de lo acertado de mis juicios.

Por esta desconfianza de mis esfuerzos quiero, lector benévolo, que me perdone todas las torpezas y desaciertos que de ellos nacieren. Si no ando templado en la alabanza, ni con mesura en la crítica, ni prudente en los avisos, piensa que estoy montado á caballo con más miedo que vergüenza y con más vergüenza que miedo y que si pongo la lanza en ristre y me entro de récio en este asunto, voy llevado por las leyes de la amistad, tan obligatorias y para cumplidas como las leyes del honor.

Comienzo, pues, dando la enhorabuena á mi amigo el Sr. Arco y Molinero por la acertada eleccion del metro con que escribe su leyenda. Fúndome para esto en aque-



lla fábula de Iriarte, en que el gallo diligente y otro *quidam* poltrón y nada limpio aconsejaban al cordero, el uno parco sueño y buenas madrugadas y el otro vida holgada y dormilona....

«Confuso, ambos dictámenes coteja  
El simple Corderillo, y no adivina  
Que lo que cada uno le aconseja  
No es más que aquello mismo á que se inclina.  
Acá entre los autores ya es muy vieja  
La trampa de sentar como doctrina  
Y gran regla, á la cual nos sujetamos,  
Lo que en nuestros escritos practicamos»

Yo, pues, alabo el romance para la leyenda ó tradición, porque me gusta á perder. Solo que en este gusto mio, creo que no voy muy fuera de camino; porque por lo regular nuestras leyendas ván enlazadas con hechos hazañosos; y en romances se escribieron nuestras más heróicas hazañas, viniendo á ser nuestro Romancero, lo que la Iliada en Grecia, la Eneida en Roma y en Portugal Os Lusíadas; es decir, el poema nacional. Pruebas inequívocas de haberlo leído, ha dado en su trabajo el Sr. Arco y Molinero. Léalo más aún y encontrará nuevos y geniales giros de nuestra lengua española.

Este es, pues, el ropaje de la leyenda del Sr. del Arco, que vá vestida de punta en blanco y que con el són de sus versos se lleva el ánimo en pós de sí á aquellos días de gloria que pasaron, pero que jamás debemos los buenos hijos de España echar de la memoria, sinó que-remos arrojar de la casa las ejecutorias de nuestra nobleza.

El Sr. Arco no los dá al olvido ciertamente, y parece

que se asoma su imaginacion á los adarves de un castillejo, cuando exclama en su leyenda:

«¿Quienes son aquellos bravos,  
Que allá, á lo lejos, avanzan,  
Nublando el sol con el polvo  
Que los corceles levantan?  
¡Son cristianos, son cristianos!  
¡Son los del Conde de Cabra!  
¡Los valientes de Baena,  
Mañeros en la algarada!  
¡Qué de febridos arneses!  
¡Qué de banderas cristianas!  
¡Qué de lazos... qué de plumas  
Gules, bermejas y blancas!»

El plán de la leyenda es un plán de batalla; cada pensamiento está en su puesto antes de la acometida; despues, llevado del ardimiento de la inspiracion ó del combate, se confunden y mezclan las ideas, sin que en los enmarañados remolinos de esta confusion, se eche de menos el protagonista del cuento, que es el último Rey moro de Granada.

Y hablando con claridad, no me gusta que mi amigo le llame *asáz cobarde*, siquiera sea en la huida, porque aun cuando se empeñen determinados autores, ni la historia lo pinta de ánimo flojo y pusilánime, ni su valor fué vencido por menguados aventureros, sinó por la perspicacia del más sagáz de nuestros reyes y por el esfuerzo de nuestros más aguerridos campeones.

El fin moral de este cuento, no puede ser más alto, ni más cristiano, aun siendo moros sus primeros personajes. «Honrarás á tu padre y serás feliz, y sinó lo honrares, la maldicion de Dios irá contigo por todos tus senderos » Esto acontece á Boabdil, no solo en la *Alga-*

*rada de Lucena*; sinó en su destronamiento y en la proscripción de su pátria. Y es que esta ley natural, grabada por Dios en nuestros corazones, lo mismo se cumple en moros que en cristianos. Ved al Rey Chico triste, errabundo y maldito, pintado por la inspirada mano del jóven poeta:

«Allá vá, pero no cruza  
Como otras veces la vega,  
Ansiando nuevas conquistas,  
Buscando nobles empresas.  
Ahora vá trémulo y triste  
Por el dolor que le apena,  
Buscando un rincon del Africa  
Donde llorar su vergüenza.

. . . . .  
. . . . .

Y aún allí, cuando postrado,  
Los ojos, pálido, tienda  
Hácia las brumas de Oriente  
Que su ciudad le recuerdan;  
Hasta la brisa, llegando  
Sobre la espuma que rueda,  
«Mal lito, dirá, maldito  
Quien hace á su padre ofensa!...»

Así y todo, yo hubiera tenido por más discreto y acertado buscar otro personaje en nuestra historia, que hartos hay, en que reuniéndose mejores condiciones morales que en el lascivo viejo Muley Hacem, hubiera resaltado más la perfidia del hijo y la tremenda maldición del cielo. No ha desconocido esto ciertamente el señor Arco y Molinero y ha tenido muy buen cuidado de no presentar de bulto en el cuadro de su leyenda la figurá del padre ofendido, pintándola solo como una sombra veneranda.

Para concluir, aunque sean de poca estima, yo doy mis plácemes al poeta por todas las bellezas con que ha sabido engalanar su leyenda, por lo atinado del plán, por lo sano de sus pensamientos, hoy que se emborriza el cieno con polvos de oro, y le pido me perdone de buena voluntad todos los desaciertos vertidos en este sándio y desmadejado prólogo.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

*Granada 17 de Diciembre de 1885.*



---

LA  
ALGARADA DE LUCENA.

---

(LEYENDA HISTÓRICA.)

---

«Solo Dios es vencedor»

«Honrarás á tu padre.»

I.

El año mil cuatrocientos  
ochenta y cuatro, empezaba;  
España, parte es del moro,  
y la otra parte, cristiana.  
Há siete siglos que luchan  
los castellanos monarcas  
por reconquistar del árabe  
la libertad y la pátria.  
Muy mucho cuesta al cristiano  
defender la santa causa,  
que son las huestes muslimes  
temibles en las batallas;  
pero los nuestros no ceden  
con altivéz y constancia,  
y marca un charco de sangre  
cada palmo que adelantan.

Solo á la fé que es la vida  
de las empresas más árduas,  
se deben todos los triunfos  
de las tropas castellanas.  
Y el infiel, que en vano lucha  
porque la cruz lo avasalla,  
brama ronco, acorralado  
en los muros de Granada.  
¡Guay dél, si pierde algundía  
palmo á palmo lo que falta!  
¡Guay dél, si la cruz se fija  
en las torres de la Alhambra!

II.

Tiene Boabdil, el *Rey Chico*  
la corona granadina,  
y los Católicos Reyes  
las de Aragón y Castilla.  
La lucha es grande, alentada  
por fuerzas harto distintas:  
unos por la fé batallan,  
otros por orgullo lídian.  
Si el moro sorprende á Záhara,  
el nuestro á Alhama conquista,  
y en Utrera se recobra  
lo que en Jaen se nos quita.  
Si gana el infiel, se crecen  
los leones de Castilla,  
y otra vez vuelven, y cobran  
por una vida, cien vidas.  
. . . . .  
Debe Boabdil la corona  
á su insaciable codicia,

que arrebatóla á su padre  
con menguada alevosía.  
Hijo desleal, alzando  
de rebelion la consigna,  
robóle el cetro, ayudado  
por la nobleza morisca.  
El mozo es valiente, apuesto,  
y su ambicion desmedida  
muestra que en sus venas corre  
la sangre ardiente de Aixa.  
En los torneos, mañoso,  
infatigable en la liza,  
no hay moro que no le tema,  
ni mora que no se rinda;  
pero ganoso de amores  
más que de rudas conquistas,  
há mucho tiempo que el mozo  
dejó la corva gumía.

### III.

La fama, que las empresas  
lleva en sus alas, propicia,  
cundió la voz de que el padre  
tramaba guerra á Castilla;  
y que al mando de sus fieles  
que aun destronado le estiman,  
lograba muy gran victoria  
en los campos de Axarquía.  
El hecho es causa en la Córte  
de apreciaciones distintas:  
los descontentos del hijo  
toman del suceso grima,  
y muéstranse decididos



á abandonar su consigna,  
dando favor al Rey viejo  
que a estos hechos realiza.  
y todo el pueblo murmura  
y del mozo desconfía,  
viéndole dado á placeres  
en el Alhambra morisca...  
Pero él es bravo... y herido  
en su orgullosa hidalguía,  
quiere probar que su frente  
de la corona es muy digna.  
Y afanoso de una hazaña  
que de laureles le ciña,  
piensa tomar á Lucena  
que está en poder de Castilla.  
Por eso su gente apresta,  
y prontas órdenes dicta,  
y en Bib-rambla se convoca  
formidable morería...  
¡Guay del cristiano, que ignora  
la tormenta que se agita!...  
¡Guay de la pobre Lucena  
si no se apresta á la liza!...

#### IV.

Ya por la puerta de Elvira  
la gente morisca avanza,  
animosa de la lucha,  
ganosa de la algarada.  
Abren siete mil peones  
del ejército la marcha,  
y ciérranla mil ginetes,  
que forman gran cabalgada.

¡Cuánto de nobleza mora!  
qué de lucientes adargas!  
qué de limpios capacetes!  
qué de brillantes corazas!...  
Las plumas que al aire flotan  
cual copos de nieve, blancas...  
los capellares que lucen  
con sus penachos de grana;  
los alquiceles tan blancos,  
las aljubas de escarlata,  
forman vistoso contraste  
de luz, colores y galas.

. . . . .  
Monta Boabdil yegua torda  
que el freno dorado, tasca,  
en los combates briosa,  
en los torneos gallarda.  
Luce brillante cimera,  
lujosa y fuerte coraza  
forrada de terciopelo  
y con clavazon dorada.  
Ciñe puñal damasquino,  
luenga y corva cimitarra,  
bayo y limpio borceguí,  
y empuña robusta lanza.  
Delante de todos, sigue,  
delante de todos, manda,  
tornando atrás de contino  
el su mirar á la Alhambra...  
Desde allí le vé alejarse  
su tierna esposa Morayma,  
anegados los sus ojos  
en triste raudal de lágrimas..  
Y es que su amorosa cuita,  
funestos males presagia  
para su señor y dueño

en tan expuesta jornada...  
Por eso alzando los ojos  
que el llanto nítido baña,  
ruega á Aláh, porque secunde  
las empresas de sus armas.

. . . . .  
Las voces de mando corren,  
los nobles brutos piáfan,  
y envuelto en nube de polvo  
el ejército adelanta.

V.

Ya son llegados los moros  
á los campos de Lucena,  
para luchar con los nuestros,  
para correrles la tierra.  
En tres fuertes divisiones  
se comparten; la primera  
mándala Boabdil el Chico,  
y en ella vá la nobleza.

Amet el Abencerraje,  
moro ducho en la refriega,  
lleva la segunda; y manda  
el viejo Aliatar, la tércia.  
Todos son bravos caudillos  
avezados á la guerra,  
que más de una vez, midieron  
con los cristianos sus fuerzas

. . . . .  
¡Cómo corren nuestros campos!...  
cómo talan las cosechas!...  
cómo nos cortan los panes! ..  
cómo nos roban la hacienda! ..

Nada detiene su marcha!...  
nada su fúria respeta!...  
ni las canas del anciano,  
ni el honor de la doncella!...  
¡Mala suerte, mala suerte  
el musulman nos reserva!...  
Guay de los pobres cristianos  
de la ciudad de Lucena!

VI.

¿Quiénes son aquellos bravos  
que allá, á lo lejos avanzan,  
nublando el sol con el polvo  
que los corceles levantan?...  
¡Son cristianos, son cristianos!  
son los del conde de Cabra,  
los valientes de Baena,  
mañeros en la algarada!  
Qué de fébridos arneses!  
qué de banderas cristianas!  
qué de lazos... qué de plúmas  
gules, bermejas y blancas!  
Pocos son, pero no temen  
del musulman la ventaja;  
son de aquellos que triunfaron  
en el Salado y las Navas...  
Son los héroes de Santiago!  
son los que libran y ganan  
en cada encuentro una lucha  
y en cada lucha una palma!  
. . . . .  
El moro, que de Lucena  
está batiendo la plaza,

viendo á los nuestros se turba  
y el sitio della levanta.  
Y replegando sus hordas  
hácia una estrecha cañada,  
formada por altos montes  
que la estrategia preparan;  
dicta rápidas medidas  
y ordena el plán de batalla,  
sin dar treguas á la gente,  
que secunda cuanto manda.

. . . . .  
Los sitiados de Lucena  
que observan la retirada,  
salen tambien, y se unen  
con las tropas castellanas.  
Son muy pocos y los guía  
un sobrino del de Cabra,  
Alcaide de los Donceles  
ya renombrado en las armas.  
El diestro Conde, que observa  
que lleva el moro ventaja,  
en tanto que mil seiscientos  
apenas los suyos marcan,  
en tres bandos los divide,  
y ducho en ardidés, manda  
que lleven sus estandartes  
Baena, Lucena y Cabra...  
y que abriéndose los bandos  
á un mismo tiempo, cargaran  
contra el árabe, bajando  
de las próximas montañas.

. . . . .  
En tanto Boabdil, recorre  
todo el campo de batalla,  
y á sus palabras se animan  
los bravos de la Alpujarra.

Al fin los nuestros asoman  
por las estrechas gargantas,  
con numerosas banderas,  
sonando trompas y cajas.  
Y con estruendo se acercan  
y sobre el árabe avanzan,  
que piensa, al verse acosado,  
que toda Castilla carga.  
Grita el Rey Chico, se apresta  
á conjurar la avalancha,  
y sus vanguardias divide  
dando frente á las contrarias;  
y á los gritos de los nuestros  
de «Santiago y cierra España»  
con ímpetu se acometen  
y empéñase la batalla.

## VII.

Como dos fuerzas distintas  
que rudamente se encuentran;  
como corrientes que chocan  
en un mismo cáuce opuestas;  
y en un punto se destruyen  
con estruendosa violencia,  
brotando un monton de espuma  
que blanca nieve semeja...  
Tal los ejércitos chocan,  
se despedazan, se mezclan,  
se agolpan en remolino,  
se destruyen y concentran...  
Y al choque inmenso, imponente,  
de la astucia con la fuerza,  
brotó un monton de cadáveres



que el barro de sangre, besan.

. . . . .  
Mucho se esfuerzan los moros,  
mucho crece la pelea;  
los buenos, gritan y avanzan,  
los ruines, callan y céjan.  
Y arrastrando sus pendones  
las vanguardias agarenas,  
huyen con afincamiento  
dejando heridos y presas.

. . . . .  
El Rey Chico, acorralado  
por los bravos que le cercan,  
hiere récio y se revuelve  
con indomable fiereza...  
Rota lleva la coraza,  
la lanza pedazos hecha,  
y de un bote mal herida,  
tiene en el suelo á la yégua;  
pero blandiendo el alfanje  
teñido de sangre negra,  
el rudo embate resiste  
haciendo muralla délla.  
Todo es en vano; los nuestros  
se revuelven como fieras,  
y aunque pocos, cada uno  
de diez contrarios dá cuenta.

. . . . .  
¡Buen alcaide!... buen alcaide,  
el alcaide de Lucena!...  
Cada tajo que descarga  
es una vida que merma.  
¡Bravo Conde, bravo Conde!...  
cómo avanza, cómo arrécia;  
cómo arrolla á los infieles  
que al pié del caballo ruedan!

¡Ya se acobardan, ya húyen  
como manada de ovejas!...  
¡Guay de tanta morería!...  
Guay de su loca soberbia!

### VIII

Corriendo á pié; perseguido  
por diez cristianos, de cerca,  
rico moro, asáz cobarde, (1)  
del campamento se aleja.  
No le conocen los nuestros,  
pero en rendirle se empeñan,  
pues debe ser de valía  
segun las trazas y prendas.  
Cansado al fin, se revuelve  
como leopardo que asedian,  
y con la corva gumía  
el cuerpo guarda, y espera.  
Un bote rudo de lanza,  
tras obstinada defensa,  
hace que el moro se rinda,  
y caiga por fin en tierra.  
Le apresa Martin Hurtado  
Corregidor de Lucena;  
juzga en ello ganar honra,  
que no es villana la presa.  
Y guardándole el respeto  
que conviene á su nobleza,  
al campamento se vuelven  
y al de Cabra lo presentan. (2)  
¡Es el Rey Chico!... Humillado  
al Conde, luego se muestra,  
que de tan fausto suceso

manda á los reyes la nueva;  
y al punto ordena apresarle,  
aunque evitando la ofensa,  
en la *Torre de la Jura*  
de la villa de Baena.

IX

Asomado al almenaje  
de la torre que le guarda,  
el codo fijo en el muro,  
la mano puesta en la barba,  
está el Rey Chico, tendiendo  
la pesarosa mirada,  
al horizonte lejano  
que cubren nubes opacas.  
Y es que á través de las brumas  
que lentamente se cuajan,  
quisiera ver las mil torres  
de su morisca Granada.  
El viento que azota el muro  
presagiando la borrasca,  
pasa, zumbando á su oido  
estas tétricas palabras:  
*¡Maldito sea, maldito,*  
*el que á su padre no honrara!...*  
y el eco vago, á lo léjos  
*¡Morayma, dice, Morayma!..*  
Entonces siente en el ánimo  
remordimiento que abrasa,  
y dejando el almenaje  
torna, apenado, á su estancia.

. . . . .  
Mala suerte, mala suerte

al triste cautivo aguarda;  
que son muy duras las bases  
que en el rescate se pactan...  
pues los Católicos Reyes  
estiman ley necesaria,  
que ha de entregar el Rey Chico,  
en siendo libre, á Granada.  
¡Mal agüero, mal agüero (3)  
le persiguió en la batalla;  
mas le valiera la muerte,  
que vida, en esto comprada!

. . . . .  
¡Allá vá!... la vega cruza  
ginete en yegua alazana,  
la vista fija en la tierra,  
la mano puesta en la adarga.  
Triste vá, porque son tristes,  
las ideas que le asaltan,  
no osando llevar sus ojos  
á la ciudad, que se agranda.  
Y el aire en tanto que agita  
el alboroz de escarlata,  
¡Maldito, dice, maldito  
el que á su padre no honrara!

X

¡Estaba escrito!... las leyes  
de Aláh, son justas, eternas;  
quien sus preceptos no cumple  
halla castigo en la tierra.

. . . . .  
Por eso, cuando mas tarde  
las católicas banderas

pusieron sitio á Granada,  
ansiendo el fin de la empresa;  
el Rey Chico, anonadado  
ante su propia conciencia,  
no tuvo fuerzas morales  
para guardar la diadema.

. . . . .  
¡Allá vá!.. pero no cruza  
como otras veces, la vega,  
ansiendo nuevas conquistas,  
buscando nobles empresas...  
Ahora vá trémulo y triste  
por el dolor que le apena,  
buscando un rincón del África  
donde llorar su vergüenza.

. . . . .  
Suelto el alquicel al viento,  
baja la noble cabeza,  
sube Boabdil lentamente  
del Padúl la parda sierra  
Al lado dél, gemidora,  
en sordo llanto deshecha,  
su tierna esposa Morayma  
la marcha prosigue, lenta;  
y detrás, soberbia, fuerte,  
la blanca frente altanera,  
sigue la ambiciosa Aixa  
la larga y pendiente cuesta,  
fija la intensa mirada  
en la ciudad que se aleja.  
El sol que entonces asoma  
por las gargantas estrechas,  
refleja en la blanca nieve  
de las cumbres del Veleta.  
La ciudad, que blandamente  
de su sueño se despierta,

lleva sus vagos murmullos  
en alas del áura leda...  
y el Rey Chico que no puede  
dominar su pena intensa,  
atrás tornando los ojos  
la mira por vez postrera.  
Y al contemplar de sus muros  
las pardas torres enhiestas,  
flotando en ellas al viento  
del cristiano las banderas...  
Y al ver allá, entre las brumas  
que de sus bosques se elevan,  
la hermosa Alhambra morisca  
recinto de sus grandezas;  
y la sierra destacándose  
con su nevada cabeza,  
y sus bosques, y sus rios  
corriendo mansos la vega...  
No pudo tener las lágrimas  
que rebosaron inmensas,  
quemándole las megillas  
rugosas ya por las penas.  
Y dando rienda á la cuita  
que el pecho rompe violenta,  
lanzó un intenso suspiro  
mezcla de grito y de queja. (4)  
Entónces Aixa su madre,  
por el despecho soberbia,  
con rugido de leona  
le dice de esta manera:  
—¡Llora, sí, como muger,  
la corona que ahora dejas;  
llórala, ya que cual hombre  
no has sabido defenderla!  
Y dando á su yégua freno  
que dél libre arranca suelta,

huyó de Boabdil, perdiéndose,  
entre las rocas escuetas.  
Y él, que tiembla de su madre  
con la salvaje fiereza,  
llora más... ¡que hasta el destino  
le niega el consuelo della!

. . . . .  
Allá va!... Mudo, sombrío,  
ya ha traspuesto la alta sierra;  
solo le espera ya el África  
con sus desiertos de arena.  
Y aún allí, cuando postrado (5)  
los ojos, pálido, tienda  
nacia las brumas de Oriente  
que su ciudad le recuerdan;  
hasta la brisa, llegando  
sobre la espuma que rueda.  
¡Maldito, dirá, maldito,  
*quien hace á su padre ofensa!*

FIN.

---

---

## NOTAS.

---

(1) *Rico moro, asaz cobarde.*—Estraña á mi prologuista y amigo muy querido Sr. Jimenez Campaña, que llame *asaz cobarde* al Rey Chico, por el hecho de huir vergonzosamente del campamento, cediendo la batalla. Ya sé que el Rey Chico fué de ánimo esforzado y así le presento en los romances II y III, conforme con la mayoría de los autores: pero yo entiendo que en el acto de la fuga, no quedó muy bien parado el esfuerzo de Boabdil; y más le hubiera valido morir en el campo de batalla, como murió el bizarro Aliatar, que no declararse en huida desdiciendo de su valor, de su rango, y de los dogmas de su religion.

---

(2) *Y al de Cabra lo presentan.*—Todo el honor de esta victoria recayó sobre el Conde de Cabra y su sobrino el Alcaide de los Donceles. Cayeron en poder de los cristianos en esta acción veintidós estandartes, nueve de los cuales tomaron los soldados del Conde de Cabra: y en memoria de ellos los Reyes de España concedieron á este y sus descendientes el privilegio de llevar otras tantas banderas en su escudo, juntamente con la cabeza de un Rey moro con corona ducal de oro, y cadena del mismo metal al cuello. (Pulgar: Crónica de los Reyes Católicos.)

---

(3) *Mal agüero, mal agüero.*—Los moros eran fanáticos y supersticiosos hasta lo sumo, y tenían por mal presagio el más insignificante de los hechos; y es seguro que tanto en esta batalla, como en otras muchas perdidas por los árabes, fueron estos vencidos tanto por el esfuerzo de los cristia-

nos, como por, la convicción que al entrar en un combate abrigaban, de que la lucha habia de serles funesta, por haberseles presentado algunos signos que creian de mal agüero. Cuéntase que al salir por la puerta de Elvira las tropas del Rey Chico, se espantó la yegua que montaba, y queriendo refrenarla, dió en la muralla tan récio golpe con la lanza, que esta se rompió. Los nobles de su ejército tomaron grima de este suceso, teniéndolo por mal presagio, y trataron de persuadir al Rey para que desistiera de aquella jornada. Boabdil los desatendió; y andando el camino vieron cruzar una zorra por el Béiro, que pasó muy cerca del Rey sin que pudieran cazarla, y tambien lo tuvieron por mal agüero; pero el Rey, á pesar de las protestas de su gente, se empeñó en llevar á cabo la expedición, que tan funesto resultado tuvo. (Lafuente: Historia de Granada.)

---

(4) *Mezcla de grito y de queja*.—El sitio desde donde Boabdil contempló por última vez á Granada, se conoce con el nombre de *Suspiro del moro*. Es una estrecha garganta de la sierra del Padúl, que forma parte de la carretera de Motril, desde cuyo punto se pierden las torres de Granada para dar vista á la costa. Este lugar ha dado asunto á numerosas leyendas, que no puede por menos de recordar el viajero al atravesar el *Suspiro del moro*.

---

(5) *Y aun allí, cuando postrado...*—Los árabes cuando se arrodillan para orar, dirigen la vista hácia el Oriente, donde se encuentran, mirando desde Africa, las costas andaluzas, como dedicando un recuerdo á su ciudad y á sus Reyes. (Mármol: Rebelion de los moriscos.)

---

Los diversos pormenores de esta batalla, aun los relativos al sitio donde se dió, se refieren, segun costumbre, confusa y contradictoriamente, por las crónicas de aquella época. Sigo en esta leyenda á los autores más dignos de crédito, y acepto las opiniones en que concuerdan el mayor número.



## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

HOJAS Y FLORES, poesías originales, Granada, 1884.

ANDRÉA, novela festiva, Granada, 1884.

## EN PRENSA.

---

CONCILIACION, poema.

BOCETOS LITERARIOS.

---

Precio de la obra, UNA PESETA.

---